

El día

Camino, muy rápido, rapidísimo.

No sé pero tengo mucho afán por llegar.

Por fin estoy aquí.

Veo los árboles que se mecen, se mecen y se tocan entre ellos, en un parque al lado de una tumba colgada de una estatua.

¿Quién era ese muerto?!

Mis primeros recuerdos de infancia los tengo jugando alrededor de esa estatua - tumba.

Me siento por fin en el parqucito que tanto amé. Miro a lo lejos y me veo a mí mismo. Sí. Pantalón azul oscuro, camisa blanca, zapatos negros, muy bien peinado. Me veo cuando tenía muy pocos años en este mundo.

Recuerdo que soñaba con estar aquí a todo momento.

Estoy solo, o más bien, me siento solo.

Me imagino de pequeño porque realmente solo quiero estar con él. El niño no me reconoce. El niño se acerca cada vez más.

Yo estoy muy quieto, seguramente piensa que soy uno de sus maestros.

Se acerca, me sonríe y me señala un lugar en el espacio que ambos estamos creando con el recuerdo que cada vez se hace más difícil de recordar.

Él me toma la mano, ya me reconoce. Me levanto de mi asiento en el parque y me dirijo a donde él me indica. Cada paso borra lo visto y vislumbra el recuerdo de lo que estoy por caminar.

Estamos caminando hacia un teatro hermoso, el más hermoso de todos. No es tan grande pero que grande es.

Ya puede verlo muy bien. Miro todas las pinturas que están colgadas allí, observo su arquitectura y me quedo encantado con su olor. Todavía huele a madera recién

pulida con una fragancia a guardado, a conservado, es único su olor. Siempre creí que no lo

limpiaban bien para que tuviera ese leve perfume de polvo delicadamente puesto por el tiempo que nos hace recordar y hacernos sentir uno con nuestros antepasados que pisaron como espectadores o como grandes artistas el escenario. En este lugar se han escuchado las más hermosas melodías y han derramado lágrimas de tristeza y felicidad, han caído muchas gotas de sudor, tanto de espectadores como de intérpretes, casi al mismo tiempo.

El niño se sienta, y yo escucho su silla de madera con chapas de metal crujiendo. Por lo viejas es casi obvio que suenan por todo, son cuerpos que han quedado en el lugar menos indicado para producir su sonido de vejez. Por eso los espectadores están obligados a no pararse de su silla después de iniciar el concierto. Una vez casi me puedo desmayar por aguantar una obligación física ya que no quería interrumpir el sonido que ese instrumento tan hermoso. Al final me levaté y dejé que el sonido del teatro hiciera un contrapunto al del artista. No sería tan loco como para mojar la madera.

Estoy en la puerta y siento que me empujan. Pasa el primer asistente al concierto, luego otro. Yo ya no me siento solo, el niño ya no me mira. Estoy al lado de una de las tres puertas, creo que estoy en la del medio, la verdad no veo bien. Al entrar la gente el espacio se torna cada vez más caluroso. Es increíble. Observo el escenario y veo un gran piano, viejo pero bien cuidado como todo en esta bella sala. De ahí sale un presentador. Dice algo pero no le entiendo, la gente aplaude. Que sorpresa, no hay luces que apagar ni prender, simplemente la gente hace silencio y la misma ciudad sirve de ingeniero para que sólo el brillo del sol cayendo en la tarde refleje el lugar donde en unos minutos saldrá el primer recitalista de esta maravillosa tarde.

Sale, es una niña super chiquita, tanto que tiene que tener una ayuda para llegar a los pedales de ese mueble de instrumento, se ve incómoda, tanto como yo que sigo de pie por que no me apuré a sentarme por estar observando las ventanas que me dejan ver las montañas de ese cañón imponente, bueno y también una avenida gigante que se direcciona hacia allá.

Toca.

No reconozco lo que toca.

Ahhhhh ya !!!!!!!

Cuando está terminando volteo ciento ochenta grados, me siento observado. A mis espaldas y al otro lado de la entrada está un señor con un peinado muy particular. Demasiado. Incluso se parece, ese peinado, a uno de los cortes o más bien pelucas que tiene uno de los retratos colgados alrededor del teatro. No puedo disimular mi risa picarona. Es muy gracioso, ridículo o no sé. El señor quiere llamar la atención o está realmente obsesionado con una moda que ya pasó hace siglos.

Cuando me mira mal reacciono y volteo la mirada hacia el público. Inmediatamente me veo, veo a mi yo pequeño sentado en el público pero no estaba mirando la intérprete, no, estaba mirando hacia acá, no precisamente a la puerta o a sí mismo grande. Yo estaba mirando lo que había dejado de ver por pena.

Se queda mirando fijamente a este señor y él se siente incómodo, le hace la misma mirada que me hizo a mí unos momentos antes pero esta vez yo ya no me siento mal. La verdad es que antes tenía más carácter. Claro, yo ahora no me estoy burlando, solo tengo curiosidad por esto que estoy viendo. Empiezo a voltear la cabeza y la mirada por todos los retratos del teatro. Lo encuentro e inicio un va y viene de miradas y cabezazos que dan en dirección de uno de los retratos a mi querido compañero de puerta. Él trata de disimular la inquietante escena que le estoy propiciando y me mira y se ríe, lo que no sabe es que soy yo mismo el que le está haciendo sentir esto, y no, no voy a parar, incluso voy a sonreír con usted para que vea que estoy en su lugar, aunque en realidad estoy en el lugar del actor principal que se lleva la atención de este público despropósito que no está ya escuchando el concierto y no aplaude cuando se acaba la pieza ni siquiera pone atención cuando llega otra chiquitita a interpretar el mueble. No, el único sonido que escuchamos es el de la cabeza del niño yendo de un lado para el otro y no vemos gesto alguno más que el de su cuerpo inclinándose y señalando con el dedo un lugar y el otro.

Que divertido, pero ya es insostenible para mi compañero. Se quiere retirar y me pide un permiso pero no, todavía quiero divertirme un poco más, no lo dejo salir, mi excusa es que no se ha acabado la obra que interpreta la niña y que si le abro la sala sonará con la chiquitita y la puede distraer.- No quiere eso, ¿o sí?-, le digo susurrando. Da un paso hacia atrás y me manda un lindo insulto susurrado que más que insulto hacia mí es hacia mí que está poniendo cada vez una situación más incómoda e hilarante en nuestro pequeño concierto o más bien en nuestra obra de teatro.

Una mujer codea al niño, me codea, hasta me duele aquí.
Ya se dió cuenta, ¡No!

No más, dice la señora.

MAMÁ; MIRA, MIRA, MIRA ES IGUALITO. NO, ES ÉL.

Mozart vino a escuchar el concierto de Tata, increíble. Le voy a pedir un autógrafo ¿puedo?, ¿puedo? Todo esto le dice el niño a la madre, a mi mamá, claro, no la había reconocido, es que todos con el tiempo cambiamos. Con cada palabra del niño la incomodidad de mi compañero de puerta se convertía en orgullo, le iba cambiando el gesto en la cara y hasta se limpió la garganta con un sonido un poco fuerte como para llamar la atención.

El señor se acerca, después de que se acabó el recital, porque claro, mi mamá me llamó la atención cuando estaba la última de las niñas tocando. Bueno, el caso es que se acerca a mi madre a la salida y le empieza a hablar. Primero se presenta,

- Mucho gusto Daniel, soy maestro de esta hermosa institución. Le dice en tono muy cordial a mi madre.

Ella lo saluda y le dice que el concierto le pareció muy bonito. Cuando dice eso salgo corriendo con otros niños al parque, me voy detrás de mí porque quiero estar más conmigo que con ellos. Veo, desde lejos que siguen hablando y me da igual. Estoy muy entretenido leyendo la placa de esta estatua - tumba. Me veo muy tierno, pienso.

Cuando estoy ahí leyendo y viendo la estatua veo que me agarran del brazo y me dicen que nos vamos, me pongo triste por que sé que no me voy a volver a ver pronto y solo tendré esta primera persona aburrida que me acompaña ahora, pero bueno. Ya están a una distancia prudente, aún así alcanzó a escuchar una propuesta de mi madre a mí. Sonríe y volteo a mirar hacia al lado, mi compañero de concierto también sonríe y me mira.